

der para hacer una medicina de pensamiento y reflexión. Una medicina interpretada de cualquier praxis, que rebasa las pretéritas teorizaciones en vacío.

No se lo puede imitar. Se lo puede seguir, arrastrados por sus fuertes convicciones: ver la dimensión de los hechos, intentar conocer su alcance, revelar las «señales» que la enfermedad hace al enfermo y a los que se creen sanos. Profundizar comprendiendo.

Amante de la sabiduría

Sí, amante de la sabiduría, mas no sólo esto. El poliedro revela que son muchos los amores, las tendencias, incluso los impulsos de Pedro Laín.

El saber es para él una afición antigua del inquieto niño turolense y del muchacho aplicado. Afición hasta el grado de progresiva necesidad, de ansia descontentadiza («Hasta que no se entera de algo no para, ¿qué es esto?, ¿de dónde viene esto?, ¿quién y cuándo lo dijo?...»). Hay que ponerla muy atrás en los inicios de su biografía, cuando frente a tantos niños desinteresados que estudian porque es obligación ineludible, otros, como Pedro, no paran de preguntar, de «dar la lata».

Los inquisidores ven lo que no ven los demás y algunos aprenden a leer por sí mismos, sin maestro ni aula, fijándose en los letreros y desde un continuo «¿qué pone aquí?», inician el descubrimiento del Universo (y del asociacionismo).

El ansia de conocer diríase (mal), que innata, pues lo parece, por su precocidad espontánea y su insistencia. Y en seguida, en cuanto surge «el libro» en el mundo de un chico inteligente (la enciclopedia, el bien llamado tesoro de la juventud, los relatos, el de cuentos, los de aventuras y descubrimientos, la historia «sagrada», las epopeyas), encarrila la curiosidad al formalizarse en los conocimientos particulares. Y el programa escolar queda desbordado cuando el alumno se da a leer por su cuenta, al entrar en el juego que durará tanto como su cabeza de «un libro lleva a otro», a muchos, a bibliotecas enteras (tipo Borges, Laín).

Las sabidurías son infinitas y el hombre no —por suerte—. Y el peligro de la dispersión, primero, hay que verlo; después, remediarlo mediante el truco de «los cauces y los límites» a fuerza de orientación, de sistema, de los objetivos, del esquema de los saberes parciales y del plan vital (el proyecto orteguiano) del adolescente.

La explosión se domina gracias al muro que pone la carrera con sus materias generales y especiales; la limitación propia de una profesión sustentativa y vinculativa. Con y a pesar de la cátedra universitaria, el «medio» de vida, Laín Entralgo logró seguir alimentando a un cerebro de insaciable y expansiva demanda.

La cátedra es para enseñar y aprender, y el que más aprende es el catedrático. Al preparar sus clases —en cuanto «teoría practicable»—, y al «darlas», el profesor recibe, pues «realiza» unos conceptos hasta ese momento «entes potenciales». Los saca de sí, los desarrolla, los regala, los hace vivir para recogerlos ya contrastados por el efecto producido y meterlos en la cartera.

Siempre vuelven a casa diferentes, y casi siempre mejorados. La «puesta en alumno», de los crudos ladrillos doctrinales, es una cocción que permite separar a los valiosos de los inservibles.

La evolución de Laín Entralgo es una resultante de su gran experiencia: del trabajo de catedrático, de las bordadas realizadas para seguir adelante. De su sensibilidad a preguntas —la respuesta— de los estudiantes (los «oficiales», y los de «por libre») en distintas épocas, en diferentes medicinas. De su participación en la historia de su tiempo en tiempos de alter-acción.

La sabiduría lo ha llevado además, al esfuerzo de hacerse un estilo, una cultura de saberes y de datos, pero «una» no todas, no cualquiera. La que expresa su radical y determinada explicación de la realidad. De la conciencia en consciencia, «gnosis» y «phronein».

El arduo viaje iniciado en la Grecia micénica, desde España, con Europa, para España y en el Mundo, del amante de tantas sapiencias ha tenido una arribada compleja: Laín ha llegado a varios puertos a la vez y debe afrontar la ubicuidad.

La sabiduría tendrá que servir para organizar-se y para medir-se, para ser «uno y trino» terrenal. Su cualidad de poliedro en esfera, se lo permite y mantendrá la unidad soportando los diversos apelativos: helenista, cristiano, liberal, teórico, estimulador, antiguo, moderno, rebelde, conservador, incómodo, fácil, hermético, difícil, claro y oscuro.

Pues sí, los aguanta. Porque goza del sentido del humor, porque viene de un pequeño pueblo, porque tiene el milagro de Milagro, porque la cultura y los saberes no lo han destruido como persona. El humanista es un ser humano, es «gente». Verdaderamente, Pedro Laín es un hombre.

Su antropología médica

Para los médicos, es más un filósofo que un historiador de la medicina. Un pensador: que invita a pensar, desde su ejemplo y magisterio; que ha elaborado una medicina reflexiva, capaz de darse cuenta de sí misma; que ha recetado una medicina «con enfermo, médico y enfermedad»; que ha analizado los sustantivos, verbos, adverbios y conjunciones de los fenómenos patológicos esenciales; que ha antepuesto, postpuesto e impuesto precisamente el pensamiento en cualquier acto de la Medicina. Desde Zubiri y otros, desde el médico que lleva dentro.

El gran cardiólogo y ensayista de la medicina Francisco Vega Díaz, es quien ha visto mejor —por ser él mismo humanista recalcitrante—, la conjunción Laín-Zubiri. Dice: «Laín ha iniciado y desarrollado una filosofía muy completa sobre el quehacer médico, a través de estas premisas: 1) Esquematizar una teoría del cuerpo, en sus funciones organizadoras, configuradoras y estrictamente somáticas; 2) Establecer una disyuntiva de los modos cardinales en que la realidad exterior de la circunstancia médica se ofrece a la mente humana: la cosa “realidad” y la cosa “sentido”. Así ha entronizado a efectos médicos las ideas de Zubiri» (*Jano*, VI-1981).

Zubiri en metafísico y Laín en filósofo médico han armado una construcción teórica de los más altos vuelos avanzando paralelamente en el análisis de la enfermedad humana, superadora del dualismo «subjetividad-objetividad» al describir el hecho morboso como una doble «subjetualidad». La «substante» y la «supraestante».

No hablan ya de «alma y cuerpo» ni de «psico-somático» sino de sistema psicoorgánico y de sus «subsistemas». Todo lo psíquico es biológico, y al revés. Hemos llegado. La inteligencia sentiente y el sentir intelectual zubirianos llevan a Laín a comprender el proceso humano de encontrarse enfermable, de estar enfermo; a través del aprendizaje del dolor, de la experiencia del sufrimiento. Y Laín va siguiendo las vivencias de vulnerabilidad, de indefensión y desesperanzas de la persona enferma, convertidas en su *Antropología médica*.

El libro aparece en 1984 y se recibe como una antropología total: del enfermo y de la enfermedad; de la medicina; de toda clínica; de los procesos de equilibrio —salud—, y desequilibrio —enfermedad—; de la ansiedad y la angustia generadas; de la diada enfermo-médico; de la triada niño-madre-médico; de las familias y otros espectadores-actores del drama; de los destinatarios de la enfermedad, para los que «se arma»; de los menoscabos del proceso en la persona; de la gravedad sabida, presentida y eludida; de la verdad y las mentiras —las piadosas y las otras—; de los modelos de agonía y de las actitudes en la muerte humana —propias y ajenas—; de los compromisos y la responsabilidad del médico.

Entra, en la muy importante Historia de la Ciencia Médica Española, en el siglo XX. Con la *Histología* de Cajal y Tello, la *Patología General* de Novoa Santos, el *Diccionario de Ciencias Médicas* de Cardenal, la *Patología* de P. Pons, el *Diagnóstico Etiológico* de Marañón, la *Patología Psicosomática* de Rof Carballo, los *Estudios sobre Circulación Renal* de Trueta. La *Neuropsiquiatría Infantil* de Ajuriaguerra, la *Psicología del Niño y del Adolescente* de Moragas, las *Neurologías*, *Oftalmologías* y *Urologías* de los eximios catalanes, bien conocidas, y su propia *Historia Universal de la Medicina* —la segunda— en siete volúmenes— (Gracias, Albarracín), y tres tratados más, de categoría mundial. Las cumbres de nuestra mejor Medicina.

La obra ajustada y esencializada con pocas citas y un lenguaje estricto representa el pleno saber médico, la cultura y el humanismo de Pedro Laín Entralgo en su plenitud intelectual, quien nos la da, presentado como «vade-mecum» y mensaje para los clínicos (*The Physician's Desk Book*).

Es mucho más que eso. La *Antropología* de Laín interesa a todo el que trabaja con el fenómeno humano: al higienista, al sanitario, al auxólogo, sociólogo y psicólogo; al que prepara actores, astronautas y deportistas; al político, al abogado penalista y al jefe de personal; al instructor de militares y seminaristas; a los profesores y pedagogos. A cualquier tutor, conductor, monitor o manipulador de personas que sin darse cuenta actúa de antropólogo. Laín le hará «darse cuenta».

La medicina pensada y expresada así por Laín rebasa ampliamente la antigua consideración de «Ciencia, Arte y Caridad» al convertirse en un exigente proceso cognoscitivo por sus alcances y densidad temática. Dice él: «Desde 1941 una actividad intelectual siempre viva en mí, la cavilación sobre distintos hechos de la antropología médica; ¿acaso no es el enfermo un hombre con cuerpo que le impide esperar con normalidad, acaso el médico no es en consecuencia un dispensador de normalidad, un dispensador de esperanza? (*Antropología de la esperanza*, p. 7), y se mete en situación lanzándose a la disciplina del saber filosófico, el único que permite el tratamiento profundo de la realidad humana».